

L.—*Alelado.* ¡Amor mío!

E.—¿Y tú... y usted?

L.—¿Yo? ¿Qué decíamos hace un momento en el balcón? Hablábamos verdad de lo dulce que sería la escena de las manos unidas y de los labios convulsos, bajo la sombra de la enramada, en el jardín. Pues bien, cuando yo imaginé que una mujer pudiera estar junto á mí, olvidada de todos y mirándose en mis ojos; yo bebiendo su aliento á flor de labio, oyendo el loco palpitar de su corazón, dejando caer las horas y ¡quizá los siglos! sin despertar de aquel éxtasis, cuando yo pensaba que una clara figura de mujer estaría allí, refugiada en mi pecho, muy quietecita, muy pálida, por miedo de tanta felicidad, instintivamente la ponía tu rostro y tus manos y tus ojos inmensos y tu boca... ¿Quién sino tú había de ser la adorada de mi corazón? ¡Quién, por Dios! Si tú eres la única que ha logrado despertar esta pobre alma que se moría de pena y de fastidio. No lo sospechaste nunca? ¿No advertiste que mis ojos te seguían disimuladamente por donde fueras? ¡Tonta! ¡Tontísima! ¡Adorada! *Le toma las manos y las besa con efusión.*

E.—Ya... ya, Lozano, que me quemas.

L.—Es nada, si tú supieras el fuego que guardo acá dentro. Como hace tantos años que el volcán no hacía erupción....

E.—¿De veras? *Con duda.*

L.—De veras. Por eso ahora hay que temer la lluvia de lava que desencadenará. Nos quemaremos, amor mío, nos abrasaremos....

E.—*Le cubre la boca ruborizada.* ¡Cállala!

L.—Abrasar con s....

E.—*Desencantada* ¡Ah!....

L.—Y con z. También con z, amor... ¡y con el alma!

E.—¡Lozano!

L.—¡Elena! *Se quedan mirándose á los ojos, cogidos de las manos.*

E.—*Con tono infantil de reproche.* Entonces si me querías ¿por qué dijiste todas esas cosas que me hirieron tanto?

L.—*Sonriendo.* Oh, niña.... Yo sé....

E.—¿Por qué me torturabas con esas burlas insufribles?

L.—¿Por qué? ¡Es un secreto! *Sonriendo.*

E.—¡Un secreto! *Recordando.* Ah, es verdad, sí, tú también lo sabes...

L.—Como *también.* ¿Pues quién más le conoce?

E.—Un amigo tuyo....

L.—¿Te lo ha dicho él?

E.—Justo, me ha dicho que hay un secreto para rendir á las mujeres.

L.—Pues bien....

E.—¡Pillo! Ahora caigo en la cuenta. Con razón te encarnizabas. Casi me insultaste.... para que no fallara el golpe. Muy eficaz el sistema. Interesar á una mujer, enamorarla, enloquecerla.... y, luego decirle tres frescas para acabar con una declaración intempestiva. Muy bonito. Tendrá usted que pedirme perdón, majaderísimo.

L.—Amor mío ¿me perdonas?

E.—¡Perdonado! ¡Perdonado! *Zalame-ra.*

L.—Gracias, gracias, gracias. *Un beso en la mano á cada gracias.* Pero dime: ¿tú qué pensabas de mí?

E.—¿Cuándo?

L.—Ahora, hace un momento, cuando hablábamos del celibato.

E.—Yo pensaba... ¿te lo digo? yo pensaba; y gustarme tanto el condenado.

L.—¿El condenado?

E.—Sí... á cadena perpetua, señor célibe.

L.—¿En qué cárcel? *Elena abre los brazos y ríe.* Así, así quería verte, monísima. Ahora bien. *Serio.* Escúchame, de ja explicarte. Vosotras, las mujeres, estáis hechas de una pasta adorable, pero